

sería más que un pequeño estado paragolpes, una Suiza algo mayor, pero sin su firme consistencia interna; tal vez bajo el protectorado inglés, tal vez la mitad meridional bajo uno francés y la septentrional bajo la influencia inglesa o rusa. Y con el tiempo se hubiera podido llegar más lejos, hasta que también este estado intermedio fuera reparado. Se borraba en todo caso a la nación alemana como fuerza independiente y cooperante en la vida de los pueblos.

En realidad todo ocurrió de manera completamente distinta. Un buen día, Alemania liquidó totalmente su pasado, echó por la borda todas las viejas tradiciones, y rompiendo conscientemente con éstas, en oposición diametral a todo lo heredado y existente, halló la vía hacia la unidad del estado y hacia la posición de gran potencia.

Si esto debía suceder, se necesitaba evidentemente una transformación radical. Una política conservadora que tratara de mantener y desarrollar lo que existía en la vida del estado y se aferrara a las bases del derecho histórico, podía conducir en ese momento, tal como se presentó la situación, sólo a la disolución y a la desaparición de la nación. Para impedirlo, era necesario una revolución: debía destruirse lo existente; el Reich debía ser disuelto totalmente y sobre sus escombros y por medio de ellos debía crearse algo nuevo. Esto ha ocurrido, y sucedió así por obra del estado prusiano.

CAPÍTULO DÉCIMO

La formación del estado prusiano — La conquista de Silesia — El dualismo en el Reich — El mérito de Federico el Grande — Prusia estado militar — El predominio ruso — Prusia después de Federico el Grande — El emperador José II — La convención de Reichenbach — La guerra contra Francia — La paz de Basilea — La disolución del Reich — La caída de Prusia.

Entre los estados territoriales alemanes, constituídos al acaso por derecho de herencia y de conquista, Brandeburgo-Prusia es tal vez la formación menos natural. Nació porque el elector de Brandeburgo heredó en 1618 a la extinta línea colateral de su casa, que desde 1525, como duques de Prusia, gobernaban bajo la soberanía polaca, los restos del antiguo estado de la Orden Teutónica. A ellos se agregó en 1648 la herencia de Pomerania, de la que, por cierto, pudo tomarse posesión inmediata sólo en la parte menos valiosa: la Pomerania ulterior, por cuanto Suecia, por la paz de Westfalia, conservaba la Pomerania citerior. Otra sucesión, había aportado, en 1614, la posesión de un territorio sobre el Rin, Cléveris, Marca y Ravensberg.

A estos miembros dispersos —*membra disjecta*— infundió un alma, en los años críticos después de 1648, un gobernante de talla: el elector Federico Guillermo. Severa y cuidadosa administración, altas metas, audacia prudente, crecer o perecer, pareció ser el lema de este nuevo estado, solución impuesta ya por su misma extraña compo-

ción geográfica. Federico Guillermo, poco logró en su incansable esfuerzo hacia el exterior. Le falló la conquista de la Pomerania citerior, a pesar de todos sus triunfos militares, porque la empresa se apoyaba sobre un error de cálculo político. Luis XIV no toleró ningún debilitamiento de su aliado sueco. La costa portuaria pomerana hubiera debido ser conquistada en Alsacia o en los Países Bajos, no sobre los mismos lugares ni en la Prusia oriental y en Curlandia, hasta donde había llegado el ejército victorioso de Brandeburgo en su persecución. Sólo un éxito correspondió al ambicioso brandeburgués: pudo sacudir la soberanía feudal polaca en Prusia, lo que logró en su primera guerra nórdica (1655-60) con afortunados hechos de armas y una política sin miramientos. Y otra cosa más ganó, sin buscarla: la gloria. El "Gran Elector", como le llamaron los contemporáneos, era el primer héroe de la nación alemana después de muchas generaciones, durante las cuales, la uniforme mediocridad de las personalidades dirigentes se había roto aquí y allá solamente por ciertos afanes de aventura. Hacia Brandeburgo-Prusia se dirigieron involuntariamente las miradas. Era el estado más fuerte en el norte, el mejor gobernado, el más emprendedor y —a pesar de la electoral Sajonia— era el estado conductor de los protestantes alemanes.

Al poder heredado, su hijo Federico agregó el esplendor externo, la corona real de Prusia. Por lo demás, su gobierno significa un retroceso. Los problemas del mar Báltico fueron resolviéndose sin la participación de Prusia; la ocasión de asumir la función directiva se perdió. Cuando su nieto Federico Guillermo (el primero como rey de Prusia de este nombre) llegó en 1713 al poder, era demasiado tarde para iniciar una política de gran estilo. Hubo que contentarse con asegurarse, del derrumbe de Suecia,

la mayor parte de la Pomerania citerior con la ciudad de Stettin.

No necesitamos insistir mucho, acerca de la obra personal que Prusia debe a este rey. Todos la conocen: la creación de un ejército descomunamente grande y desusadamente bien pertrechado, fundado en una administración de ejemplar severidad, economía e instrucción. En muchos aspectos, hijo todavía de su tiempo, hombre de mediana capacidad y de muchas cualidades antipáticas; en conjunto, una figura nada atrayente, Federico Guillermo tiene, sin embargo, una faceta que lo distingue de sus contemporáneos, lo eleva por encima de ellos e inspira estimación y casi admiración: un inexorable sentido del deber. No se considera dueño de su estado, sino su servidor. En todo lo que emprende, se siente responsable ante un tribunal superior. Ante sus propios ojos él no es más que el empleado del rey de Prusia; la frase ingeniosa de su hijo, de que el rey es el primer servidor de su país, fué consagrada en los hechos por el padre, mucho tiempo antes.

En todo esto nada había que fuese llamado a dar un nuevo giro a la historia alemana. Este giro no surgió de una evolución que pudiera llamarse natural y pudiera fijarse con una fecha; es la obra de un hombre, la acción altamente personal de un genio. Cuando el rey Federico II, llegado apenas al poder, utilizó los regimientos y los millones que le dejó su padre, para emprender una conquista, entonces el curso de los destinos prusiano y alemán tomó una nueva dirección.

En el mes de octubre de 1740 había muerto el emperador Carlos VI sin dejar hijo varón. Con grandes esfuerzos había logrado, por tratados con todas las potencias europeas, que quedara asegurada para su hija María Teresa

la exclusiva sucesión en todos sus territorios. Pero Prusia, donde había subido al trono Federico II, que no tenía aún treinta años, hizo a un lado el tratado, apoderándose de Silesia y subordinando su reconocimiento de la herencia de María Teresa a la cesión de esa provincia.

Ésa fué la señal de la guerra europea. Francia aprovechó la ocasión para extender sus manos sobre Bélgica. Por primera vez se consiguió arrebatarse a Austria la corona imperial: los electores, bajo la dirección prusiana y cubiertas las espaldas por los franceses, no eligieron a Francisco de Lorena-Toscana, el esposo de María Teresa, sino a Carlos VII de Baviera. Si no hubiese sido por el apoyo inglés, habría sonado para la gran potencia austríaca la última hora.

No nos detendremos en la reseña de las complicaciones militares y diplomáticas de los años siguientes, aunque son tan interesantes e instructivas. Nos importa solamente lo nuevo que surgió de esos acontecimientos, o sea, la potencialidad de Brandeburgo-Prusia, que alcanzó tan alto nivel, que se presentó en el Reich como igual y hasta enfrentó como superior a la potencia imperial de Austria. Cuando la paz de Aquisgrán, en 1748, puso fin a la guerra de sucesión austríaca, Austria había recuperado, es verdad, la corona imperial, pero perdiendo su situación anterior. Tenía que aceptar o que Prusia estuviera a su lado —o aún en un plano superior—, o tratar de anular lo acontecido. María Teresa se decidió por esto último. Pero la guerra de los siete años, que por esa razón se hizo de 1756 a 1763, demostró solamente que Prusia podía hacer frente también a una coalición de tres grandes potencias. La paz de Hubertusburg, en 1763, confirmó que en el Reich alemán existía ahora no una sola gran potencia, sino dos.

Esto se debió a la conquista de Silesia. Esta provincia

grande, rica y floreciente, fué la pesa decisiva en la balanza, cuyo traspaso, de Austria a Prusia, cambiaría la total distribución de las fuerzas en el Reich alemán. Ahora bien, aun cuando Austria llevaba sola la corona imperial, había, sin embargo, a su lado un anti-emperador permanente en la persona del rey de Prusia. Había nacido en el Reich el dualismo; tenía dos jefes.

A la nueva rivalidad entre Austria y Prusia se enlazan antiguos conflictos históricos. Prusia encarna el norte, Austria el sur; aquélla es la cabeza del protestantismo alemán, ésta es la primera potencia católica. Al antiguo peligro de afuera del reparto, se agrega el nuevo de una explosión de adentro.

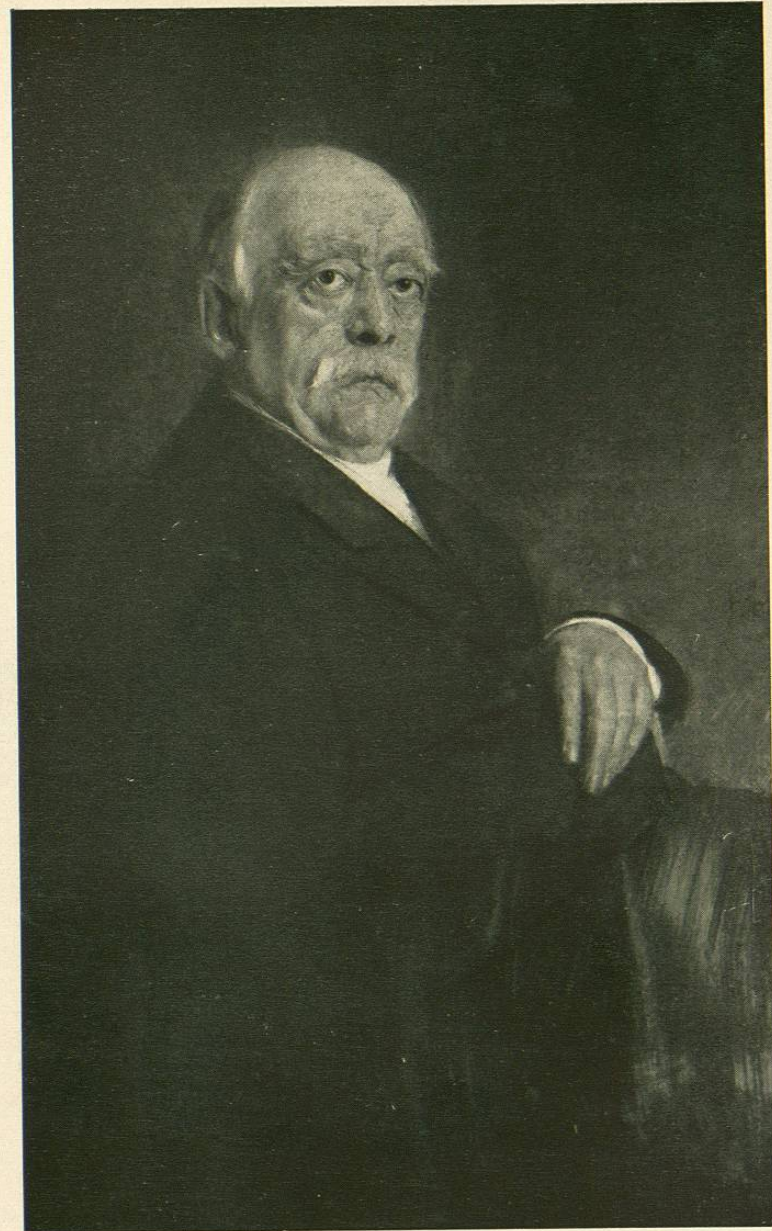
La situación creada en 1740 y confirmada en 1763, ocultaba en sí, en primer lugar, diversas posibilidades. O bien las dos grandes potencias podían entenderse y unirse para el dominio común de Alemania. Este caso era improbable, por su difícil realización, por cuanto, en tales relaciones "de dos", uno será siempre el guiado, el otro el conductor, y ninguna gran potencia puede conformarse a la larga con el papel de dirigida. O bien ambas podían reconciliarse sobre la base de una división de Alemania en dos esferas de intereses. Pero también esto representaba para el emperador una renuncia. No era de suponer que se resolviera voluntariamente a ello. Quedaba finalmente la última posibilidad: uno de los dos rivales dominaba al otro y destruía totalmente su poder; o lo expulsaba del Reich, lo que abría de nuevo otras perspectivas. El vencedor podía convertirse en dueño de aquella parte de Alemania que pudiera dominar; era la división de la nación; o se mostraba lo suficientemente poderoso para subordinar el conjunto bajo su poder, en cuyo caso se habría creado la unidad de Alemania.

La historia ha pasado por todas estas posibilidades, como experimentándolas, hasta que al final se convirtió en realidad la última indicada. Esto duró mucho tiempo —los molinos de la historia del mundo muelen muy despacio—, pero, finalmente, sucedió lo que debía ocurrir.

En realidad, desde un principio, estaba señalado por el destino cuál de los dos rivales debía llevarse la victoria. ¡Compárese sin ideas preconcebidas a ambos, cómo eran entonces y cómo siguieron siéndolo! Austria, un mosaico multicolor, un conglomerado europeo de estados sin firmeza y sin cohesión interior, compuesto, por una parte, de pueblos de alta civilización como los alemanes y los italianos del norte; por la otra, de bárbaros atrasados como los húngaros; provista por todos lados de zonas de rozamiento internacional: en Bélgica y en Italia en perpetuo conflicto con Francia, en el Danubio inferior con Rusia y Turquía, y por la misma razón obligada siempre a una política de gran potencia cosmopolita desprovista de puntos de vista nacionales y sin que para ello, además, le alcanzaran las fuerzas. Para saber cómo estaba organizado este país, no hubiera sido necesario esperar la prueba que hizo José II, cuando se esforzó por elevar su estado lo más rápidamente posible al grado necesario de unidad y firmeza, mientras emprendió al mismo tiempo la solución de grandes problemas exteriores. Era de prever el fracaso completo que sufrió.

En cambio, Prusia, reciamente unida, ansiosa de progreso en todos los terrenos, alemana por su población, representando en las fronteras, juntamente con los propios, también los intereses alemanes: en el bajo Rin contra Francia, en el este contra Polonia y Rusia. Si el juego se desarrollaba normalmente, Prusia debía ganar.

Todo esto es solamente la consecuencia lógica de la



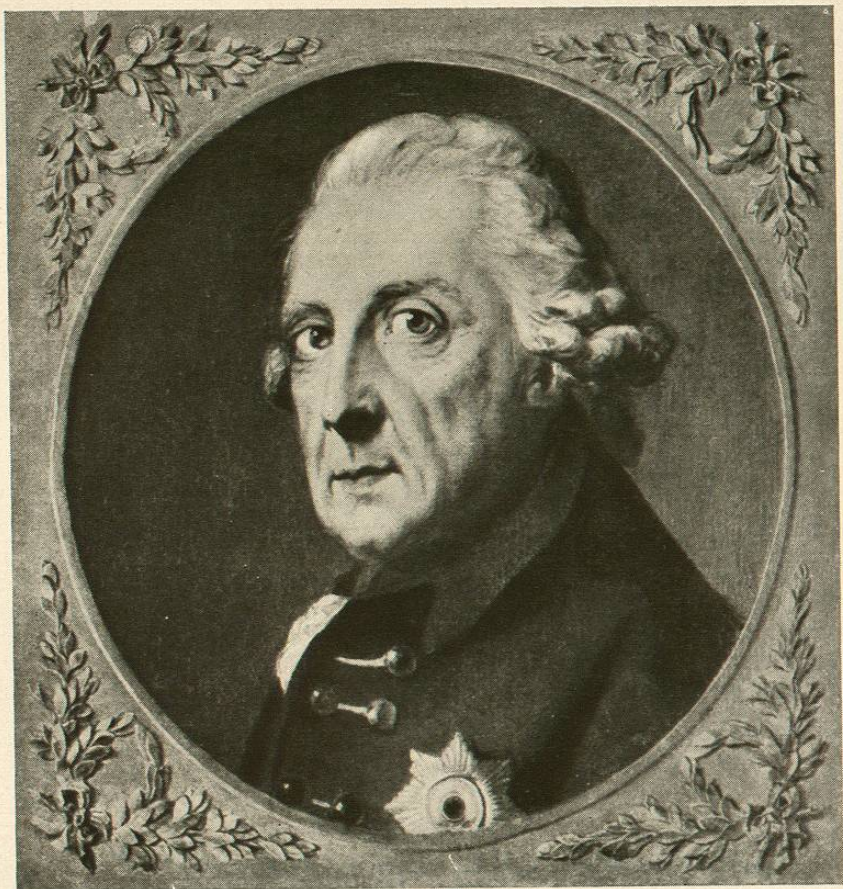
Otto von Bismarck

BISMARCK

Fundó el segundo Reich de los alemanes.

Oleo de Franz von Lenbach.

(Buenos Aires, colección del Club Alemán)



Frederick

FEDERICO EL GRANDE

Organizó definitivamente el Estado prusiano.

Copia del óleo de Antonio Graff.

(Buenos Aires, colección particular)

decisión de Federico el Grande, decisión que él mismo calificó como fruto de su ambición y de su dinamismo juveniles. No resultó de la necesidad de una evolución natural, ni correspondió a la tradición. No era indispensable que Federico extendiese su mano exactamente hacia Silesia. La región era en verdad codiciable y se había pensado en su adquisición, ya anteriormente, en determinadas ocasiones. Aunque Prusia necesitaba por cierto redondearse por todos los costados, ya que en el año 1740 no se componía más que de varios jirones de territorio dispersos, otros objetivos hubieran estado más próximos. Tal vez la Prusia occidental, que hubiera dado al país su cohesión geográfica en el este, o bien Hannover, que hubiera facilitado por lo menos la comunicación con Cleveris, o hasta Sajonia electoral, que hubiera podido agregar a su patrimonio de entonces de la manera más cómoda. Comparada con todo esto, la nueva adquisición de Silesia resulta realmente excéntrica. Únicamente la oportunidad favorable (la muerte del emperador y el consiguiente problema de la sucesión austríaca) indujo a Federico a dirigirse hacia Silesia. Reflexionemos por un instante: si este fallecimiento hubiera ocurrido un año antes, o si Federico hubiese llegado al poder un año más tarde, la historia de Alemania, hasta nuestros días, hubiera seguido distinto rumbo.

Hasta ese momento Prusia no había sido un país de conquistadores. De sus adquisiciones, sólo la parte menor —únicamente la Pomerania citerior— había sido lograda con las armas; todo lo demás por herencias. El convertirse en opositora a la casa imperial, contradecía por entero toda la tradición. Con breves excepciones, como temporariamente bajo el Gran Elector, Brandeburgo-Prusia había pertenecido hasta entonces al partido del emperador. Se habían tenido a menudo diferencias; en Berlín, de cuando en cuan-